

Fernando Santiván (1)

El tacho de on Banderas



mi'de' ver, en nenguna parte le priva mejor su máquina qu'en l'hijuela e on Mardones... Afijese usté... Por el lao'el puelche, la trilla e lo Sanjuente, lo Sandoval, lo Iribarra, lo «canuto», lo Aguilera, lo Ballestero, lo Sangüesa. Pa la travesía, la siembra mía y la del rico Samaniego, qu'ése no tiene menor de veinte cuairas; y el gringo «Pata e goma» y on Figueroa...

—Éese cae pa la máquina e on Zapata por qu'está pasao la subía e pieira...

—Güeno, que así sea... Pero le quea entuavía toa l'india el sur: lo Calaqueo, lo Marinao, lo Pilque y hasta el indio guata e pipa de Peiro Astroza.

—Esos gueñi no dan ñachi.

—Pero con tóo, no junta menos de ochenta cuairas. No está malo, pa ilo pasando. Usté lo ha di ver, on Banderas.

—Ta bien, on Veloso. Yo me voy a venir a lo de Mardones; pero ustedes me traen la máquina con su bueyá... y me la degüelven aonde yo la pía...

—Clarito, pu, on Banderas.

(1) Un hábito viril, pero de gran sensibilidad y conocimiento del campo, anima sus relatos incomparables. Es preciso en la descripción y en el atisbo del alma campesina. Nació en Arauco, en 1886 y ha vivido una existencia muy variada. Sus obras principales son: «La hechizada», «La camarada», «Charca en la Selva» y «El bosque emprende su marcha».

—Compromiso.

—Compromiso.

Y los dos viejos colonos se dieron la mano. Conversaban en medio del camino que va bordeando el lago desde Villarrica hasta Pucón, caballeros en jamelgos de mala muerte; pero no por eso con menos empaque de grandes señores, y con la misma gravedad de hombres que negocian intereses cuantiosos. Si se hubieran lavado alguna vez las manos y el rostro, si vistieran buenos trajes, cualquiera los habría confundido con altivos hidalgos de la vieja Castilla.

Era una mañanita de verano, limpia y clara. El lago en calma se adormecía en un ensueño azul, con leves estremecimientos de sus entrañas. Se veía claramente la ribera opuesta, en brusca ascensión a cerros boscosos y escarpados, oscuros de verdura, levemente tocados por una sonrisa purpúrea del sol.

Banderas torció su jamelgo hacia el poniente y Veloso se perdió en dirección opuesta, bajo la toldilla de un grupo de coigües y de boldos que se erguían cerca de la playa.

II

Los últimos gritos de los boyeros se perdieron con sus ecos rudos en los bosques cercanos y el improvisado campamento comenzó a adquirir reposo.

Las siete yuntas de bueyes reunidos entre los colonos para traer el locomóvil, la trilladora y los aparejos de Banderas, formaban una mancha multicolor sobre una pequeña loma de trigo recién cortado. Todavía puestos al yugo semejaban, junto al motor, un grupo de enormes flores movibles junto a la negra caparazón de extraño animal prehistórico. Más allá, la trilladora pintada de rojo abría su boca de rana hacia los esqueletos de árboles grises y hacia el volcán enorme que cerraba todo el horizonte hacia el este con sus laderas, en la base azulosas, y su

extremidad cubierta de nieve, coloreada de rosa y violeta por los últimos rayos de sol.

Banderas comenzó a instalar su campamento de trabajo. De una carreta sacó un treintena de tablas y tres postes; con ayuda de su hijo construyó una «rancho», especie de tienda de campaña con sus bocas cerradas y una puerta delantera.

El hijo era un mozo pálido, de sedosa barba naciente, y grandes ojos oscuros.

—Apúrate, Ignacio—dijo el viejo Banderas con sequedad al ver que el hijo, apoyado en la pala que había servido para hacer los hoyos, quedábase mirando vagamente el grupo de bueyes y la gente que descansaba bajo un árbol.

—Vos siempre te andai queando p'al trabajo.—agregó el padre, malhumorado.

—Mire—respondió el mozo con súbita animación—, Josefina se está viendo apurada con la descarga de las cosas. Voy a echarle una manito...

—¡Eso es!... —respondió el viejo—. ¡Yo no soy nadie pa vos!... Pero tu prima... tu prima...

El mozo bajó la cabeza, vaciló un instante y en seguida se dirigió a una de las carretas; allí estaba Josefina, atareada en bajar los cachivaches y las provisiones.

Ignacio, en silencio, tomó un saco de harina y luego un molinillo de hierro para el tostado.

—¿Pico leña?—inquirió, mirando furtivamente a la niña. Y sin esperar respuesta, fué en busca del hacha y atacó briosamente un tronco de roble seco que yacía a pocos pasos de allí. La joven se limitó a sonreír, acariciándolo con sus rasgados ojos pardos.

Era una belleza extraña en aquellos lugares la de Josefina Banderas. Ligeramente tostada por el sol, de facciones finas, tenía una envolvente caricia en sus ojos, y su sonreír, a través de labios carnosos, era como una saeta lanzada por sus dientes blancos. Aquella familia de los Banderas, en general, parecía

conservar una pureza de raza peninsular que la distinguía de la mayor parte de los colonos, mestizos o indios puros.

—Adiós, señorita—gritáronle los boyeros al pasar con sus yuntas.

—¡Arre, Frutilla!... gritaban otros—. ¡Tiza, Jazmín!

—¡Se agradece la compañía!—díjoles el viejo Banderas despidiéndose a voces.

—¡Cuando se le ofrezca, on Banderas!

Alguien preguntó, también a gritos:

—¿Y mañana, podremos trillar?

—Para pasao, con más seguríá.

Se alejaron las voces rudas, agrias, indisciplinadas, y todo fué quedando en silencio en el improvisado campamento.

III

Tres días después, Banderas había terminado la instalación de sus máquinas.

Era una trilladora de vieja construcción, deteriorada por los años y por el descuido de sus propietarios sucesivos. Seguramente en un tiempo fué una excelente máquina, de las primeras que la fábrica Pitts envió al servicio de nuestra América atrasada; pero tenía ahora sus cedazos gastados y sólo quedábale una que otra muela de la dentadura caduca. A falta de buenos correajes, Banderas los había fabricado de cuero vacuno crudo, las maderas del forro, primitivamente pintadas de rojo, habían sido deslustradas por las lluvias y tenía tantos parches que más parecía un inválido envuelto en vendajes, compresas y toda clase de sostenes.

Banderas, en mangas de camisa, sudoroso y pringado de negro aceite, hizo la última revisión a la maquinaria; en seguida dió la orden:

—Ya está, Inacio... ¡Hácela andar!

Ignacio ejercía de fogonero. El motor, un locomóvil de seis

caballos, era digno de la trilladora. Tenía el cañón remendado y torcido; la gruesa panza que contiene las tuberías del caldero había sido farrada con listones sujetos por alambres.

Ignacio hizo sonar el pito largamente. Era el aviso convenido con los cosecheros; un pitazo agudo que hería los tímpanos y que penetraba como culebrilla de fuego entre los esqueletos de árboles que circundaban el paisaje próximo, y que iba a taladrar, más lejos, bosques espesos y matorrales de maquis, para regresar en seguida en forma de eco, fiera acorralada en el palenque, en busca afanosa de salida.

El motor comenzó su marcha con lentitud, arrojando blancas nubecillas de vapor. Púsose también en movimiento la trilladora, chirriando, lamentándose, con estrépito de fierros y latas desajustadas, de maderas que crujen, con tan convulsivo movimiento que parecía iba a desarmarse de improviso, para quedar allí, patas arriba, convertida en hacinamiento de catástrofe.

Banderas observó su maquinaria con marcada complacencia, y decidió, al fin:

—Ta güena... Para, no má, Inacio. Ya podimo aprencipiar la trilla. Aura vamo a merendar y diay probamo la máquina con las carretas de on Mardones...

Y dirigiéndose a un grupo de hombres que departían junto a sus carros, fumando, y que observaban la maquinaria de Banderas con socarrona cachaza, dijo:

—Atraquen carretas al cilindro, no má... mientras nosotros comimos.

—¿Y quién va cilindriar?—preguntó un viejecillo de tez quemada, reseco como pellín antiguo. Era don Mardones, con más de cien años auestas, venerable tronco de numerosa descendencia.

—¡Vaya!... ¡Usted, pu, on Mardones!—dijo Banderas, con el ánimo alegre después de haber dado término a la instalación de su maquinaria.

Los presentes se echaron a reír; pero don Mardones no tomó a broma la proposición, y exclamó:

—Aunque tengo un deo escompuesto... claro que me alimo, no má...

Un hombre bizco, contrahecho, ceceoso, exclamó, dirigiéndose al grupo:

—Capaz ez, no má... Icen que el veterano es castizo... Zu última mujer ha tenío qu'echalo el cuarto y lo hace alojar bajo loz guindoz de la quinta, porque no eja e cargoziarla...

—¡Ben haiga el mocito que no necesita peir ayuga e naiden p'arreglar sus negocios!—exclamó un hombre de barba hirsuta, aludiendo, sin duda, al bizco ceceoso, quien tenía un compañero en casa que, según las malas lenguas, atendía a su mujer.

Los del grupo rieron ásperamente.

Banderas se dirigió a su rancho. Ya estaba en ella Ignacio, ayudando a Josefina en los menesteres de la comida. Ella, complacida, lo dejaba hacer sin decir palabra.

—Pa eso sí que no tenía flojera—exclamó Banderas mirando de soslayo a su hijo. Si parecís...

No concluyó la frase; pero su expresión estaba cargada de desprecio.

En el centro de la rancho ardía el fuego alegremente. En un ángulo, hechos un solo atado, sobre una baja tarima de tablas, estaban los cueros y lanas que servían a la familia de lecho. En otro rincón veíase la caja de herramientas, en donde el viejo guardaba con llave, además, un fajo de mugrientos papeles-escrituras, recibos de contribuciones, contratos de maderas, y el poco dinero que lograba retener en su vida de penurias y estrecheces.

Banderas abrió el toco candado y levantó la tapa. Después de rebuscar preocupadamente entre los fierros mohosos, extrajo por fin un puñado de tuercas y pernos de distintos tamaños. Ignacio seguía los movimientos del padre y miraba con avidez el interior de la caja.

—Esto me va'servir p'apretar los harneros—dijo Banderas, mostrando los fierrecillos.

—Pueda ser que ahora marche bien la máquina—observó Ignacio con desgano.

—¿Y por qué iba'andar mal?—interrogó el viejo con iracunda viveza.

El joven murmuró débilmente, como si temiera expresar en voz alta su pensamiento:

—Porque... nunca ha marchado bien...

—¿Nunca?... ¿Nunca?... —exclamó el viejo levantando la férrea cabeza, grande, huesosa, de frente testaruda. Sus ojos de acero azulado centelleaban; prosiguió con voz agresiva, áspera, atropellada:

—¿Qué sabís vos, zonzo!... ¡Tú hablas siempre por hablar! ¡Si yo tuviera hijos que supieran ayugar, otro gallo me cantara! ¡Pero, vos!... ¡Pa qué servís vos!...

—Hago lo que puedo, padre—murmuró el mozo con aparente mansedumbre, procurando apaciguar al viejo. Usted sabe que no me gusta esta profesión, pero no por eso dejo de acompañarlo.

El viejo se puso trémulo de rabia. Leía en el rostro de su hijo, confusa rebeldía, expresada ya en otras ocasiones a propósito de su empecinamiento para no abandonar las viejas maquinarias que lo estaban llevando a la ruina. Para comprarlas había vendido años atrás la mitad de una próspera hijuela de ochenta hectáreas obtenida del fisco a título de colono nacional. El resto lo hipotecó para pagar composturas y repuestos, tanto para el banco de aserrar, como para el motor y la trilladora. Los hijos procuraban disuadirlo. Pero el viejo tenía por sus máquinas un cariño absurdo. Eran su locura y su obsesión. Ya en vida de su mujer había recorrido gran parte de la montaña con sus fierros rechinantes y sus latones mal unidos, haciendo trepidar los árboles con los resoplidos del pequeño monstruo e infundiendo a las soledades montañosas una palpitación insólita de vida industrial.

Mal negocio, sin embargo. Cada nueva quebradura de los fierros era como un rajón que se le hacía a su fortuna. Pero el viejo, testarudo como buen descendiente de castellanos, proseguía su vida sórdida y trabajosa, indiferente a los pesares que no se relacionasen con sus máquinas.

Murió la mujer, aporreada en tantas aventuras de aquella vida gitanesca, viviendo siempre en provisionales ranchas de tablas mal unidas, soportando los terribles temporales montañoses; murió mansamente, junto al marido, sin que éste se diera apenas cuenta de su pérdida, preocupado en reparar nuevas abolladuras del motor.

—¡Mucho me acompañás!—masculló el viejo dirigiéndose al mozo—¡mucho!... Maldita en l'hora que te mandé a estudiar a las escuelas. Te golviste jutre y ya no te gusta más que pasarte entre las faldas de las mujeres...

—Hace lo que puede, tío—murmuró Josefina sacando de la olla las papas humeantes, con un grueso cucharón y depositándolas en una palangana de madera. Continuó la joven:

—Ignacio estaría mejor en el pueblo, cierto, porque nació enfermizo y porque se ha educado un poco, pero ¿no es un buen fogonero?

—No digo que no—concedió el padre—, pero too lo hace como como si juese hijo'e rico que la hace un favor a uno. Lo mesmo que vos...

—No es que lo queramos abandonar—dijo la joven—, pero creo que con sus máquinas usted se está arruinando. Más vale que las vendiera y pagara sus deudas...

El viejo, lívido, tomó un tizón y lo esgrimió sobre su cabeza.

—¡Querís callate, mocosa!... ¡Voy a dejar estas máquinas, que son too nuestro pasar!... ¡Tamién! ¡La cabra arrestá!... ¡Mírenla! ¡Mírenla!

Tartamudeaba. Saltaba saliva por sus labios gruesos; enrojecía el blanco de sus ojos.

Los jóvenes inclinaron la cabeza sobre su comida, deseosos

de restablecer la paz. Sin embargo, Ignacio se atrevió a insistir, escogiendo las palabras para no herir la susceptibilidad del viejo:

—No se moleste, padre. Si le decimos algo es porque creemos hacerle un bien. Mire... hay que componer el caldero que está botando vapor por la rajadura de abajo...

Banderas, calmándose sólo con escuchar algo que se refiriese a su motor, dijo:

—Habrá que ponele otro parche... Continúas que teniendo cuidao de que no suba el vapor, no le pasará na... La quebraura está en guena parte... Si juera arriba, sería otra cosa... después d' esta trilla, como espero en Dios que nos ha d' ir bien, podré llamar al gringo del pueulo pa que le ponga una pieza en caliente... y con unos remaches, el motor queará como se píe...

—Así lo creo—confirmó el mozo. Y los ánimos se aquietaron alrededor del caldillo de papas. Padre e hijo comenzaron a cucharear reposadamente en la misma palangana, resoplando y chasqueando la lengua cada vez que el ají picaba demasiado.

IV

El trabajo comenzó. No eran muchos los trilladores, a pesar de la promesa de los colonos. Los campesinos llegaban a la máquina de don Banderas con media carretada «para probar», según aseguraban sonriendo solapadamente. El único que había cumplido bien y que se presentó con dos carros llenos, fué el viejo Mardones.

La pobre maquinaria, chirriante y acatarrada, a resoplidos, empujones y paradillas, dió término a una de las carretadas. Banderas, triunfante, se limpiaba el sudor e interrogaba:

—¿Qui hubo?... ¿Anda bien, no?

—No anda na mal—exclamó uno de los presentes, esquivando la vista—. Si no botara tanto trigo por atrás, sería mejor...

—Eso se puée arreglar—replicó Banderas, un poco inquieto. Es que tiene muchazo viento en los ventilaores.

—Algo parte, tamién... —murmuró otro de los presentes, un hombrecillo vivaracho, gordo, de canosas barbas encañonadas. La máquina de on Zapata da trigo enterito... Y de limpio, no hay que icir.

Los hombres se agruparon alrededor de los sacos de trigo recién salido de la máquina, y cada uno de ellos iba sacando un puñado, lo miraba con detenimiento, y daba su opinión gravemente. Por fin, uno de ellos preguntó:

—¿Y cuánto va a cobrar de máquina, on Banderas?

Banderas, presa de inexplicable turbación, se apresuró a ofrecer:

—El ocho... Más barato, no se puée...

Se hizo un silencio pesado en el grupo de campesinos. Al cabo de un momento uno de ellos murmuró:

—¡El ocho!... Caro píe, pus, don... En l'otra máquina nos cobran el siete...

—¡Mentira!—protestó Banderas con violencia, encarándose a su interlocutor. Pero luego recordó, sin duda, lo que exponía con su aspereza, y endulzó el tono de la voz:

—No diga eso, mejor será, on Ortíz. Yo se bien que on Zapata cobra el diez... y no le baja a naiden...

—El siete—afirmó de nuevo Ortíz. Al rico Samaniego ofreció trillale por el siete...

—Eso será al rico, pero a los demás, no... Lu hace pa agarrase un güen cosechero... —afirmó Banderas con fingido reposo.

Otro de los presentes, que llevaba la mirada oculta bajo una gran chupalla raída, preguntó:

—Y a los que l'hemos ayugao a traer la máquina. ¿No los va a rebajar na?

Banderas reflexionó.

—¿A ustedes?... Gueno, a ustedes les daré el siete...

—El cinco será, on Banderas.

—Menos no se puée... Aprefiero no trillar ná...

Después de este parlamento, la trilla continuó, aunque ahora, por desgracia, los tropiezos aumentaron. Primero se cortó la correa del relimpiador que se empeñaba en atascarse; más tarde, ocurrió lo mismo con la cadena de los capachos del ensacador. Banderas se multiplicaba; corría de un lado a otro; trepaba al techo de la trilladora, abría puertecillas de observación, apretaba tuercas, metíase bajo el vientre de la máquina y reparaba desperfectos en el harnero de las granzas. ¡Todo inútil! La vieja maquinaria parecía resuelta a desacreditar a su dueño desmoronándose por todos lados, como esos enfermos a quienes se les cura el corazón para que se agraven del estómago, y se les arregla los intestinos para que les sobrevengan ataques al hígado. Había momentos en que Banderas, en el colmo de su desesperación, hubiera deseado coger un martillo para molerla, pieza por pieza, descuartizarla, asesinar bárbaramente a su máquina, su único amor, como se mataría a una mujer que ridiculiza al marido con sus veleidades de hembra.

—¡Chas digo, ho!... —murmuraba un hombretón gordo, de voz ronca, moviendo su único ojo bueno, con chispas de sarcasmo. La máquina escupe tripo por boca y narices. Aquí se pierde, por lo menos, la mitá...

Banderas, exasperado, en medio de la fiebre de su trabajo impotente, le gritó:

—¿Quiere ejarne tranquilo, mire, don?... ¿No ve que toa máquina, mientras se acostumbra, anda mal?

—¡Pish!—exclamó el otro—, ésta parece que tiene mañas viejas y está resabiá...

—Gueno, entonces—exclamó Banderas rechinando los dientes. ¡Váyase con su música a otra parte si le parece mal mi trillaora; y éjeme trabajar!...

—No se enoje, on Banderas—murmuró el tuerto con sorna. Y el grupo de espectadores se echó a reír con una risa cruel y tonta, como suelen reír los campesinos, sin que se sepa nunca por qué...

Si la trilladora marchaba mal, el motor iba peor. Se descompuso la bomba y se empecinó en no chupar agua del depósito; por este motivo, subió la presión del vapor, con amenaza de hacer estallar el caldero. Fué necesario abrir las válvulas de escape. Una nube densa de vapor blanquecino inundó a los presentes, mientras se quitaba las brasas del fogón y se arreglaban los desperfectos. En seguida comenzó a caminar descompasadamente el regulador, y más tarde, un descanso del cigüeñal se caldeó a tal extremo que hubo necesidad de bañarlo en aceite para que se refrescara.

Banderas, en cada uno de estos casos, descargaba su desesperación sobre el hijo, increpándolo con dureza:

—¡Pero si vos tenís la culpa, flojo de moledera, que no le ponís aceite a tiempo al motor y le echás agua mugrienta a la tina!

—Pero, papá...

—Cállate, mejor será, baboso, si no querís que aquí mesmo te las arregle...

El mozo resignábase a la injusticia, por no exasperar al padre; pero, por dentro, le roía el alma una rabia sorda. De tarde en tarde echaba una mirada a la rancha próxima. Allí estaba generalmente Josefina, observando lo que ocurría en las máquinas. Para confortar al joven movía compasivamente la cabeza y cambiaban miradas de inteligencia. Algo tramaban los jóvenes. Banderas, a pesar de su preocupación, alcanzó a percibir algún signo que lo hizo pensar en un vago peligro.

Después de uno de los berrinches del viejo, la muchacha se acercó al primo:

—¡Ignacio!... ¡pobre!

—¡Por Diosito que ya no aguanto más!... Me dan unas ganas de... —el puño cerrado terminaba la frase.

—Un poco de paciencia... Al fin y al cabo es tu padre. ¿Qué sacarías con pelear con él?

—Debes tener todo listo, por si acaso...

—¡Chist!... ¡Ahí viene él!

Esa tarde Banderas reunió la maquila ganada en el día. Una miseria: apenas treinta y siete kilos de trigo, que correspondía a dos carretadas y a cinco sacos de trillas.

—En fin—murmuró el viejo amarrando su saquito desportillado—, hay siquiera p'al tostao.

E inclinando su cabeza testaruda, murmuró:

—¡Mañana andará mejor!...

V

Al día siguiente...

—¡Malditos chicuelos!... ¿Aonde se habrán ido?... ¡Josefinaaaa!... ¡naaaacio!...

Sólo el eco respondió. Silenciosa, la montaña. Una neblina, mañanera diluía el paisaje como una cortina lechosa. El lago, terso, era lo único que daba brillo en aquella claridad mate del ambiente. El viejo escuchó. Sólo el ruido de unas goteras que caían de un roble alto, a espaldas de la rancho, espaciaba su golpecito triste y monótono. El motor, humedecido por la niebla, aparecía, con su caparazón, negro y cubierto de cataplasmas; parecía bostezar por la boca del fogón, envuelto en brumas. Algunas trozos de leña roja, entrecruzados cerca del motor, parecían esperar algo, acentuando la impresión de abandono y soledad.

—¡Y ese animal no irá a encender fuego hoy?—murmuró Banderas.

Permaneció un instante como ensimismado y luego entró a la rancho.

El camastro vacío, con sus pellejos y lamas que marcaban aun las huellas de los cuerpos, le hizo pensar en cosas entrevistas en noches de brutal cansancio, abatido como un tronco pesado sobre el lecho. Cuchicheos, vagas visiones...

—¡Cochinos!—murmuró, sin darse cuenta de que expresaba sus sospechas en alta voz—. ¡Si los merezco pillar!...

De pronto, algo le hizo palidecer. El candado de las herramientas estaba abierto, con la llave puesta. Abrió la caja; palpó en un lugar conocido para él... ¡Nada!... Banderas comprendió.

—¡Cochinos!... ¡Ladrones!... —exclamó con furor reconcentrado.

Revolvió los pellejos de la cama, puso en movimiento algunos sacos y cajones vacíos, buscó en los rincones. Se habían llevado también las provisiones.

—Se han ido... —volvió a murmurar.

Salió al exterior. Meditó un instante, perplejo. En seguida echó una mirada sin pensamiento en derredor. Soledad. Goteritas irónicas de las ramas húmedas: «Sí, sí...» ¡Nada más!

Imposible perseguir a los fugitivos. ¿Cómo abandonar sus máquinas, sobre todo ahora que comenzaba el trabajo lucrativo? Sería la ruina. Y además, ¿para qué seguirlos, si no tenían voluntad de vivir a su lado? Habría que buscar fogonero y una mujer que hiciera la comida. Eso era todo. ¿Lo abandonaban porque lo creían en derrota?... ¡Tanto peor para ellos! Las máquinas le devolverían con creces las amargas sufridas y la fortunita evaporada. Entonces...

La idea de la venganza que le proporcionarían sus máquinas, tan combatidas por su familia pesimista, calmó un poco el dolor que pesaba sobre su pecho como una lápida. Después de todo, debería alegrarse. Ya no tendría que arrastrar en pos de sí la cadena de la desconfianza, de la resistencia muda a sus proyectos industriales, el desánimo y la falta de fe. Solo, solo sería más fuerte.

Como si este pensamiento lo hiciera alivianarse, se dirigió a los montones de paja esparcidos cerca de la trilladora, cogió una brazada y rellenó con ella el fogón del motor. En seguida encendió un fósforo y el fuego comenzó a abrasar las entraña-

del pequeño monstruo. Echó leña; las llamas crecieron y un resplandor salió de la bocaza del horno. Empezaba a caldearse el motor. Poco después, chirriaba el aceite hirviendo al deslizarse en gotas sobre la caldera; silbó un tufillo de vapor en las válvulas de seguridad; y el rostro de Banderas comenzó a recobrar su habitual expresión testaruda.

Comenzaba a vivir su máquina; ¡ya tenía compañía!

VI

Banderas arregló concienzudamente los nuevos desperfectos e hizo silbar el pito «pidiendo trilla», según la expresión de los campesinos. Era un largo sonido agudísimo que hería los oídos; era un grito angustioso de animal enfermo; una llamada de auxilio y una imperiosa exigencia de actividades.

—El tacho de on Banderas está llamando... murmuraban los colonos, sonriendo socarronamente.

Pero no se apuraban. Banderas esperó toda la mañana, llegó la hora del mediodía y no acudió una sola carreta.

—Deben d'estar cortando... —pensaba Banderas para tranquilizarse, aludiendo a la faena de la siega. Pero no podía evitar que sus ojos escrutaran ávidamente los contornos esperando a los cosecheros que vendrían a llenar la boca insaciable de los cilindros.

Banderas sacaba mentalmente sus cuentas:

—Con diez carretadas que alcance a pasar en el día... rendimiento de cuatro sacos por carro, son cuarenta sacos... Me correspondería de maquila, al siete, cerca de tres sacos... En un mes podría juntar unos noventa o cien saquitos... tres mil pesos.

De un manotón mató un tábano importuno que vino a clavarle su aguijón en la frente, y continuó sus reflexiones.

—Tres mil pesos... que podrían ser también cinco mil. Con eso arreglo mi «tacho» y me pongo a aserrar... ¿Cómo no

alcanza: a cortar unas diez mil pulgadas antes de que comiencen las aguas?... Pisch.....

Se veía empezando la ascensión de la fortuna, dueño de aserradero modelo, con motores y bancos recién sacados del almacén de maquinarias, «haciéndose» mil pulgadas diarias. Luego, instalando otros negocios; extrayendo de la montaña el raulí en proporciones incalculables, llenando la selva entera con el ruido poderoso de su industria.

—¡Ah—pensaba—los cochinos!... Me abandonan; me creen pobre... Día llegará...

Pensaba en los prófugos, en la pareja que creciera bajo su enérgica protección de luchador. No sólo ellos lo habían abandonado. Se fueron también sus hijas, lindas muchachas, casadas apresuradamente y siempre sin su consentimiento. Una de ellas se había ido con su propio rival en negocios de aserradero, ese maldito Zapata que se andaba interponiendo siempre en su camino. ¡Ah, perra!

Pero pasaban las horas y los cosecheros no acudían. Más allá de la cortina espesa de árboles que cubrían un cerro no muy distante, se escuchaba a intervalos pitazos y el ¡chac, chac! característico de los motores en trabajo. Era la máquina de Zapata que trillaba sin descanso, a juzgar por los ruidos venidos de allá.

A las tres de la tarde asomaron entre la espesura verde unos puntos amarillos que se movían. Banderas se incorporó bruscamente.

—¡Listo!... ¡Apura el vapor!—ordenó al muchacho que reemplazaba al hijo prófugo.

—Son carretas de los Sandoval—murmuró el mozo sin apresurarse, haciendo pantalla con las manos para ver mejor.

—Esas vienen p'acá—murmuró Banderas, vibrando de emoción y de ímpetus de actividad, dispuesto a prodigarse. ¿Cuánto vapor hay?

El muchacho examinó el manómetro.

—El reló marca ochenta—dijo con suficiencia. Demás vapor pa trillar.

Las carretas cargadas de trigo fueron agrandándose lentamente. Ya se oía a los carreteros azuzando los bueyes con gritos salvajes: «¡Arre!... ¡Arriiii!...» Las picanas de coligüe fulguraban a la luz como lanzas.

De pronto las carretas torcieron de rumbo y comenzaron a alejarse en dirección a la playa del lago para tomar el camino matriz.

—Y a éstos, ¿qué les pasa?—murmuró el muchacho, decepcionado. Banderas comprendió el objeto de la maniobra y exclamó con voz sorda:

—¡Se van a l'otra máquina!...

Más que descorazonamiento, sentía hervir en su pecho una rabia impotente contra los cosecheros. Habíanle hecho colocar allí su máquina, le prometieron entregarle toda su trilla, y ahora, a los primeros contratiempos, volvían traidoramente la espalda. Estuvo a punto de salirles al paso a increparlos; pero su dignidad nativa lo retuvo; se limitó a murmurar entre dientes:

—Ejenlos... ojalá se jodan allá... ¡por brutos!

Una hora más tarde, cuando Banderas, descorazonado, comenzaba a renegar de su suerte, llegó chillando sobre ruedas y eje de palo, una carreta de Mardones.

El viejecillo, seco y varónil, a pesar de sus años, se acercó a Banderas y le dijo:

—Mire, on Banderas... Le traigo otra carretá, pa cumplie... Si sale mal agora, usté me irá si seguimo trillando,

—Bien, on Mardones—respondió Banderas, conmovido. Dios quiera que no tenga por qué arrepentirse...

Comenzó el trabajo. Gemir de latas, resoplidos de motor; gritos y carreras del dueño; en seguida, una pesadilla. La máquina se atascaba. El trigo que salía a los sacos, cada vez más sucio... El motor, jadeando, jadeando, como animal cansado. Los trabajadores que acompañaban las carretas de Mardones y

que servían de vaciadores al cilindro, el cilindrero mismo, todos sonreían maliciosamente señalando a on Banderas que se multiplicaba para atender los desperfectos de su máquina... Sólo el enhiesto viejecillo con su grave rostro enjuto de indio viejo observaba calmosamente, en silencio, con impasible aire de gran señor que está por encima de las pequeñeces mundanas.

De pronto, ¿qué pasa?

Un grito del muchacho fogonero:

—¡El motor está seco y la gomba no quiere chupar!...

En seguida, un silbido prolongado de vapor que se escapa. Luego, una explosión y una gran nube blanca, turbulenta, que lo envuelve todo, que se eleva al cielo y se arrastra por tierra, una invasión quemante de vapor y barro, de infierno...

Gritos. Alguien que se queja con estertores de agonía. Luego, silencio. La gran nube se aquieta y sube al cielo como una visión de grandes alas transparentes que se aleja del lugar del siniestro. El fogonerito había saltado a veinte metros de distancia y aparecía clavado en un árbol, como insecto de colección, por un largô fierro que debió desprenderse del motor.

El viejo Mardones y sus trabajadores, milagrosamente sanos sólo recibieron quemaduras de barro hirviente que los hacían aparecer cadavéricos y con el rostro pintarrajeado.

Extrajeron penosamente a Banderas. Tenía una gran herida en el vientre, que le horadaba los intestinos. Sin embargo, abrió los ojos, y volvió angustiosamente la vista hacia el lugar en que se encontraba su motor. Murmuró algo ininteligible que pudo traducirse en una interrogación acerca del estado en que se encontraban sus máquinas.

El rostro consternado de los presentes le hizo comprender, sin duda, la magnitud de la catástrofe, porque inclinó la cabeza con expresión de desaliento definitivo. Ya no volvió a levantarse más, como si, conocida la pérdida de sus máquinas, nada le interesase en la vida. Pocos minutos después, terminó de morir.